

# De dos en dos

Vastísima región territorial.

Allí el gamonal José San José tenía su hacienda y era el dirigente de la nobleza territorial criolla. Sus títulos y feudos los había heredado de sus antepasados. Acres y más acres de tierra. Tierra y más tierra. 270 esclavos cultivaban aquella rica y lozana campiña. Y todos aquellos indios hambrientos, analfabetas, enfermos y haraganes, le pertenecían. Los indígenas se vendían y se compraban. La riqueza de José San José se medía por los acres de tierra y los cientos de indios.

Por supuesto, el oro contaba también, lo mismo que el cacao y la caña criollos.

José San José por las noches, cuando finalizaba la jornada, sentábase en una banca para terminar de comer sus sopas de pan con vino. Después sacaba el oro. Pulía y aceitaba las monedas. ¡Las amaba! Guardándolas después en costales.

Más tarde — cualquier día de cualquier semana — precedido por dos indios cargados cada uno con un costal de aquellos repletos de monedas de oro, caminaba hacia el fondo del primer solar, donde, entre el tierno verdor del césped se agitaban las rosas en sus tallos, José San José, daba la orden de excavar un hoyo profundo, con dos o tres metros de fondo.

El gamonal se sentaba para controlar el trabajo mientras aspiraba el humo de un cigarro.

Horas de horas, hasta que uno de los indios le decía:

— Patroncito, ya está listo el hoyo.

— Tirá pues los sacos, de uno en uno.

El hombre obediente y manso los dejaba caer en lo profundo del hoyo.

— Ahora tirate vos.

El hombre obediente y manso se tiraba.

Y José San José le dejaba ir un tiro, dos, tres...

— A ver vos, le decía al otro.

— Echale un poco de tierra hasta que lo cubra.

Luego, por la espalda le dejaba ir otros dos tiros al hombre que quedaba. Con el pie lo empujaba al hoyo. Terminando él mismo de rellenarlo con la tierra que había sido sacada.

Pero José San José, amaba las rosas, así que sobre aquella tierra removida, sembraba un nuevo rosal.

Así cada vez que enterraba los costales; dos indios al mismo tiempo... Dos sacos de oro y un rosal...

— 0 —

Mi padre al casarse se instaló en la capital.

Allí vivíamos con nuestros padres, mis dos hermanos y yo. Nunca volvimos a la finca sino hasta después de muertos nuestros progenitores. Huérfanos los tres, regresamos a la hacienda del abuelo José San José, que por entonces se encontraba en sus últimos momentos. Poco antes de morir nos dijo.

— En el solar, debajo de los rosales, teniendo como abono a los hombres, está sembrado el oro".

Comenzó entonces una búsqueda frenética del oro. Mis dos hermanos se turnaban para excavar. Fueron apareciendo entonces, bajo las raíces de los rosales, las calaveras de los indios. Al fondo entre huesos más pequeños, el oro.

Euforia, Locura. Los nietos de José San José, brincaban; se abrazaban; gritaban; al encontrar los dos primeros sacos. Terminaron ese día durmiendo ebrios de licor y de ambición.

Con Casilda, la casi ciega sirvienta india, logré llevarlos a su dormitorio, quitarles la ropa y acostarlos.

Rendida yo también me fui a dormir.

Soñé con esqueletos que bailaban y bailaban bajo una constante lluvia de monedas. La lluvia de monedas seguía y los esqueletos incansables de bailar.

... Y las monedas llovían y los esqueletos bailaban.

— 0 —

Por la mañana, temprano, Casilda, la casi ciega sirvienta india, llamó a mi puerta.

— "Niña, sus dos hermanos, amanecieron muertos entre los sacos de oro.